

LA EXTRANJERA

Autor: ALFREDO VEIRAVÉ

Como Rembrandt en los claroscuros o el Tiziano en la luz

[azul de Venecia

trataré de ser consecuente con el retrato de la extranjera:

apareció en el cuadro de improviso y esto tiene sus ventajas

porque ninguno de nosotros estaba preparado para pensarla,

y menos bosquejar su cabello recogido hacia atrás, los

ojos egipcios y verdes

las manos de anillos orientales

y esa curva de gentilezas que flotaban en su sonrisa

dándonos a los súbditos la distancia exquisita de sus venas

el castigo despiadado de sus látigos de silencio.

La extranjera venía de un mundo ajeno al nuestro

y consumía sin embargo el mismo aire que nosotros, lucía

[anillo de

desposada, cruzaba las piernas como las mujeres del continente

y cualquier cortesano podía confundirla con un caso natural

de la biología terrestre.

Solamente yo supe que era extranjera y por eso aproveché para

endilgarle los defectos de mis recuerdos, los vicios de las otras

y ella, resistiéndose, sentada en su silla de oro, convirtió

[en virtudes

mis recuerdos y, para colmo de esta esclavitud que

[asumo desde
entonces, transformó los vicios en placeres.

Por eso la sigo como un perro, y a veces hasta aúllo en
[las noches
ante la sola idea de perderla.

La extranjera en este retrato luce sus collares de
[plata, sus
manos aparentemente frágiles y los vestidos regalados

[para su beneficio
individual, y fuma y con el humo dibuja
esas imágenes extrañas de los sueños, esas turbulencias
[de la imaginación.

(Podría seguir interminablemente dando vueltas a su alrededor
para describirla mejor,

pero cuando abro los ojos a la realidad
siento que se ha ido de regreso a su patria.)